

Las pinturas negras políticas no son la última palabra ***No votemos a los sinvergüenzas prepotentes***

Necesitamos otro Goya –El Roto es su discípulo- para cartografiar los tiempos de hierro que atravesamos: partidos absolutistas y mezquinos, gobiernos ahogados por la corrupción sistémica, clase política amancebada con la mafia financiera salvaje, recorte de servicios básicos, imposibilidad de líderes políticos que escuchen a los ciudadanos o a otros partidos hasta llegar a coaliciones para un gobierno desde la pluralidad... Uno contempla día a día toda esta miseria en los telediarios y tiene ganas de verlos en el baño para escuchar, ante los jueces, que nadie se acuerda de nada o echa las culpas al otro. Para más ignominia, muchos de los nuevos partidos o coaliciones cívicas se esfuerzan, con nota, para imitar el chulísimo de los dinosaurios o exhiben su verdad única y solo a ellos revelada. Todos son legales: casi ninguno es ya legítimo.

Frente a tanto estropicio y sinvergüencería, los ciudadanos deberíamos abstenernos de votar a partidos exhiben sus atributos intocables e inmezclables, tomándonos por tontitos: basta de aspavientos. Ya han ultrapasado todas las líneas rojas de la dignidad cívica. Con el infame Partido Popular al frente: franquismo para el siglo XXI. No los quiero santos: me conformo con tonalidades de gris, dispuestos a dialogar para pactar y cogobernar. Y que no me vengan con la cantisela de las ideologías, empastres para tirarse a la cabeza como niños obsesos. Que me propongan qué harán para la igualdad, para controlar los que evaden impuestos, para impedir la corrupción, para votar con listas abiertas, poner coto a la mercantilización salvaje de la vida o tener presente la pluralidad y acoger a los refugiados... Pido lo común democrático. Cada día tengo más ganas de exilarme. ¿A mi querida Latinoamérica? Menudo zafarrancho también tienen montado. Me queda un monasterio civil.

Y no obstante...

Nos negamos a borrar la esperanza de unos gobiernos de proximidad, confundidos con los ciudadanos y con los más desiguales en primer lugar, que apuesten por lo común desde las diferencias, con una comunicación bidireccional continuada para restablecer, urgentemente, una nueva y fuerte confianza, ahora terriblemente dañada y base de la democracia. Una comunicación del tú a tu, cara a cara, tan diferente de la incomunicación que practican desde los media de masas: salir en la tele

les preocupa más que el compartir con la gente anónima, los ciudadanos imprescindibles. A ellos les va el famoseo y a sus asesores les pone.

Necesitamos equipos de gobierno abiertos al *governémosos*: que se presenten con una propuesta creíble y audaz para una ciudad o un país, pero que para gestionarla impliquen a la oposición, al sector asociativo, las pequeñas y medianas empresas y a algunos ciudadanos significativos por su talante cívico. Esta gestión creativa y colaborativa solo es posible desde una constante comunicación transparente y confiada. Equipos en los que las mujeres deben ser ya no solo paritarias: mayoritarias, después de tantos machos alfa en gobiernos insolentes y bandidos. Para ello, una generación de políticos idiotas -preocupados solo por lo suyo y lo de sus amigos, todos con manos largas- deben retirarse o los debemos echar sin más contemplaciones. A los ciudadanos nos pierde nuestra infinita paciencia, que yo leo como pasividad irresponsable.

A comunicar se aprende, cierto. Pero quien no esté abierto sinceramente a esta actitud no debería estar en un equipo de gobierno. Porque la misma gestión pública comporta hacer las cosas a través de otros. Y esto es imposible sin una gran dosis de comunicación generosa y corresponsable.

Las pinturas negras políticas son señal inequívoca de una terrible crisis en los gobiernos públicos. Pero la crisis, en esta gran transformación que atravesamos, es *metanoia*: posibilidad de cambio, seguro que radical. Lo bueno es que sabemos el hacia dónde porque los hemos experimentado en ciudades y países, aunque ahora todo esté más nublado y demasiados políticos y la mayoría de partidos se esfuerzan por no quererlo ver.

Los ciudadanos somos conscientes que a pesar de hallarnos en el desorden más espantoso, en este huracán también sopla el movimiento para otra política y con otros gobiernos que apuesten por una democracia de colaboración horizontal porque la que tenemos, desde hace ya demasiados años, es una calidad insignificante y a menudo vergonzosa por la corrupción y la incomunicación autista de los partidos entre si y con los ciudadanos.

No anochecerá. En lo público siempre sale el sol. La historia nos lo enseña.

Toni Puig

www.tonipuig.com